

Tinta China

Luis Bellot Bellot



Capítulo 1

Tinta China:

1ª parte: "Fontana di Trevi: Ju imitando a Neptuno con gesto triunfal"

2ª parte: "Facultad de Bellas Artes. Madrid"

3ª parte: "Harbin. China."

4ª parte: "Catedral nueva de Salamanca."

5ª parte: "Cuadro basado en la ternura, de Oswaldo Guayasamín."

6ª parte: "Crisantemo en el cementerio de Harbin. La luz bajo tierra: Ju"

7ª parte: "El legado de Ju: Jun Lin"

"Fontana di Trevi: Ju imita a Neptuno, con gesto triunfal." Pintura acrílica:

Ju y yo siempre habíamos planeado un viaje a Italia. Las razones son más que obvias: cuna del arte. Cualquier variante artística se puede ubicar en este país, por lo que decidimos que era un destino clave, tanto para nuestra relación como para nuestra formación. Podemos decir que lo que buscábamos en aquel momento era renacer. Renacer en la piel de Botticelli, en la de Da Vinci o en la de Masaccio. Aunque Ju era fotógrafa, siempre se quedaba absorta con cualquier pieza que transmitiera algo de arte, que dibujase un contexto donde lo de menos fuera un significado claro. Aún recuerdo su rostro frente a la Creación de Adán, hierático, como intentando camuflar lo que realmente sentía en su interior. Y es que no es difícil salir extasiado de la Capilla Sixtina, pero los gestos y miradas de Ju ante la belleza no dejaban indiferente a nadie, parecía conciliarse consigo misma, con su yo más infantil, recreándose en las pinturas.

Allí estaba ella, en el "rione di Trevi", expuesta ante una de las esculturas más bellas del planeta. En aquel verano de 2012, la fuente se encontraba vacía debido a unas inspecciones de seguridad que se estaban llevando a cabo. "Il sindaco è un idiota" nos contestó un transeúnte que pasaba por los alrededores cuando le preguntamos por el vacío de la fuente. En ese momento previo a la foto que le hice (para posteriormente realizar el cuadro), el rostro de Ju se entristeció. Ella quería bañarse en la fuente para cumplir una de sus ilusiones en la vida: sentirse como Anita Ekberg e incitarme a que yo lo hiciera, reencarnándome así en Marcello Mastroianni. Pero a veces, la vida no es tan dulce. A pesar de ello, supo

recomponerse y, altiva, posó para la foto.

Recuerdo el vino chianti (mi favorito; el de Ju era el lambrusco) recorriendo las copas de cristal fino, acompañadas por platos servidos de Fettuccini a la puttanesca sin anchoas (Ju no las toleraba) y por velas cuya llama era débil, pero proporcionaban la luz suficiente para no necesitar de más de la que provenía de una pequeña lámpara situada en una mesa contigua. Fue nuestra primera cena en Italia, en la vía Cavour, donde habíamos alquilado la residencia. Habíamos escogido esa calle porque desembocaba en el Foro Romano (además de ser una de las calles principales y cercanas a la estación de Termini). Además, el Coliseo Romano también quedaba próximo a la zona y Ju se moría de ganas por estar dentro e intentar sentirse el centro de atención, ante miles de personas, debatiendo entre la vida y la muerte, como si de un gladiador se tratara. Y es que ella fantaseaba, hasta tal punto que tenía que reiterarle la atención para que bajara de sus pensamientos, para asegurarme de que pertenecía a este mundo y no quería irse a otro. Ella pretendía empatizar con el pasado, con la persona que, armada con una espada y un escudo, tenía que arrebatarse una vida para salvar otra. Aunque temía sentir la espada del adversario hendiéndose en su piel.

“Facultad de Bellas Artes. Madrid”. Pintura al óleo.

A Ju siempre le gustó que durante el transcurso de una película, ésta diera un giro brusco en el guion. Le gustaba descubrir que sus presunciones habían fallado, le gustaba equivocarse en detrimento de la sorpresa y la euforia de destapar que lo que pensaba que iba a ocurrir no fuera así, sino mucho mejor. Esos giros de guion a veces se representan en la vida real y, aunque son menos emocionantes, son decisivos y condicionan todo un destino. En mi caso, siempre quise estar ligado al mundo de las letras. Recuerdo que las matemáticas, la física, la química o la biología me llamaban la atención pero mi ineptitud con el dominio de la ciencia era espectacular. En un principio quise estudiar literatura. Gran culpa de ello la tuvo mi padre cuando me reveló obras literarias que redescubrieron un nuevo interés hacia las letras. Sallinger, Roberto Bolaño, Luis Landero, Umberto Eco, Bukowsky, Kerouac o Vargas Llosa hilvanaron los hilos de mi sensibilidad literaria y pertrecharon una fortaleza impenetrable que me permitía un instante de soledad (o compañía) donde disfrutar de las palabras. Quería ser un detective salvaje, un real visceralista, quería conocer Central Park y dar una vuelta vestido con una gorra de caza roja. Deseaba trabajar en número cero y ser un personaje con la misma introspección que lograba transmitir Landero. Recitar en mi balcón de invierno. Mi madre siempre me advirtió que evitara la bebida para no acabar como Bukowsky o Kerouac.

El giro de guion supuso cambiar mis ambiciones literarias por la pintura. La culpa de ello la tuvo mi tío. El hermano de mi madre. “El hermano de la perla”. Él inculcó en mí la esperanza de ser un gran artista, la posibilidad

de poder interpretar una pintura sin necesidad de un contexto, sólo admirando los trazos y los colores. Me encerró casi 2 horas en las cuales me instó a observar las obras de Vermeer para posteriormente expresarle lo que sentía. Fueron muchas las veces que pensé que mi tío sufría de una demencia obsesiva por el arte y por Vermeer (había viajado a La Haya unas diez veces) pero cuando falleció y logré leer sus cuadernos entendí que lo que sufría era de una soledad desmesurada y casi poética, pues en sus escritos siempre hacía alusión a Hemingway y su obsesión por viajar a Cuba y vivir allí, en absoluta calma.

Por todo esto, allí estaba yo, con 18 años recién cumplidos en el inevitable final estival de 1998, expectante ante la inmensidad de Madrid y el bullicio incesante de los casi tres millones de habitantes que rondaban por la capital en aquella época. No fue hasta pasado los 21 años cuando conocí a Ju. Venía de un verano difícil donde tuve que trabajar en un chiringuito de la playa de Málaga, concretamente en Pedregalejo. De ese trabajo dependía mi sustento para los meses finales del año. Trabajaba unas diez horas diarias sirviendo todo tipo de raciones de pescado frito. Resulta que Ju padece una alergia terrible a casi todo tipo de pescado, incluyendo el calamar, lo cual hizo que mi pasión por La Costa del Sol y su entrañable gastronomía se resignara de forma ineluctable.

De ahí que busqué que mi tercer año de estudio fuera más ameno y, por consiguiente, menos exigente. Busqué asignaturas optativas que, por medio de estudiantes de otros años, decidí que eran más asequibles y se podían aprobar sin realizar demasiado esfuerzo. Una de esas asignaturas recibía el nombre de "Lenguajes y procesos fotográficos". Sentado en un pupitre de la tercera fila, mientras la catedrática explicaba el control de las cámaras digitales, las cuales llevaban un corto recorrido en la historia fotográfica del país, a la par que trasteaba un modelo de Kodak (creo recordar que el primero de todos), observé un cuerpo moverse ampulosamente en busca de la comodidad que esas sillas de madera y su crujir estridente no concedían. Su cabello, de un negro intenso y liso, descansaba apoyado sobre su hombro derecho, desvelando así su espalda nívea, pura, sin manchas en la piel. Vestía tirantes negros del mismo tono de su pelo, formando un contraste intenso que potenciaban los rayos de sol que entraban por la ventana. Aunque esto último no sé si es fruto de mi recuerdo, pervertido con el paso del tiempo. Mi yo pasado no es siempre tan certero como quisiera.

"Harbin. China. Festival de hielo y nieve: Ju helada". Pintura acrílica.

Cuando era joven temía viajar. No por la posible inseguridad del transporte. No por las interminables horas del trayecto. No por abandonar mi país de origen. Sino porque creía que viajar significaba derribar barreras, traspasar fronteras, aunque no precisamente de forma topográfica. Temía imaginar qué había fuera y descubrir que aquello que encontraría, no me gustase. Por ello, jamás planteé la posibilidad de

traspasar el continente europeo y menos llegar tan lejos, a China. Pero dicen que el amor no entiende de culturas, no discrimina, no precisa de condiciones pre-establecidas y hacen que las cosas tornen esperando que el cambio sea positivo, anhelando que lo negativo no incida en el umbral de lo insostenible. Buscando el equilibrio. Que el agua dé vida a la madera. Que la madera alimente el fuego y sus cenizas produzcan tierra.

Aquella gélida mañana de febrero del año 2006 nos hallábamos en la orilla del río Songhua, cuyas entrañas eran consideradas para Ju como las escamas blancas del dragón negro. Ella misma escribió una antología de poemas sobre el mismo río.

“El pequeño dragón

Que alberga escamas blancas en su interior

Alimenta peces de algodón

Que nutren marineros sin temor

Escupe hielo para el escultor

Vierte agua en el jarrón

Escama blancas en su interior

Piel negra que macera el corazón”

La ciudad de Harbin, situada al noreste de China tiene una peculiaridad artística que desconocía antes de llegar y que Ju no me quiso revelar durante el trayecto. Una de sus características es que en invierno hace un frío que puede cristalizar la mirada debido a su proximidad con Siberia. Esta característica se traduce en una tradición no muy lejana por la que se creó el festival de esculturas de hielo y nieve. El padre de Ju, propietario de una empresa agrícola que cultiva granos de arroz entre otros, es un ferviente amante del arte y siempre participa, de forma íntima, en el festival de hielo y nieve. Sus manos siempre presumieron de ser estéticas y se dedicó a la escultura, hasta que el cambio industrial que sufrió la ciudad le obligó a dedicarse a la agricultura, trabajando la tierra negra hasta llegar a ser terrateniente de cierto prestigio. Sus manos vírgenes y delicadas, talladas por la pureza del arte, tornaron a manos esclavas de la tierra y su trato, para posteriormente recibir un merecido descanso y recuperar su naturaleza. Ese mismo año, su padre dedicó a Ju una escultura de hielo que representaba su persona, su cuerpo y alma que lejos de congelarse, volvía a arder con la misma intensidad que lo hace la madera para producir ceniza. Recuerdo ver la lágrima de Ju descender por su mejilla izquierda hasta su barbilla, desde donde se vertió a los pies de la escultura. Aún hoy creo recordar que la lágrima, antes de caer al suelo,

se congeló y se hizo añicos.

Pasamos unos días en la casa de sus padres, también situada cerca de la orilla del río. Paseábamos todas las mañanas abrigados para protegernos del clima siberiano que se acrecentaba con la brisa que corría por los alrededores de las escamas blancas del dragón negro. Tomábamos té en la inmensa avenida central de la ciudad, donde miles de personas pululaban ignorando que el frío campaba a sus anchas. Me enseñó las edificaciones de la avenida, que curiosamente contenían edificios de estilo occidental o europeo debido a la huella que dejaron los rusos cuando invadieron la ciudad. Ju siempre evitaba hablar del tema ya que su orgullo patrio le negaba expresarse imparcial ante los hechos históricos. Renegaba de las culturas rusas que se instauraron en la ciudad y evitaba pasear junto a la iglesia de Santa Sofía, no por religión sino porque constituía un estigma ineludible de que los rusos hicieron suya, por un tiempo, la ciudad. Su resquemor hacia la influencia rusa en la ciudad llegaba hasta la gastronomía. Siempre evitaba platos de indudable origen ruso como el Khleb con salchichas ahumadas o ciertos guisos que incluían alimentos no procedentes de China. Ese odio, en cierta forma irracional, no lo profería cuando vivía en España o por lo menos su orgullo no se hacía notar en demasía.

En mi memoria, Harbin es el templo de hielo en el que quedó esculpido el sentimiento que fluía entre Ju y yo. Echando la vista atrás, ese viaje hizo que reconociera que la belleza es azarosa pero se presenta en todos los lugares, aunque sea desproporcionada. Da igual dónde esté, siempre hay resquicios de una armonía estética que, aunque subjetiva, nos enseña que no hay mayor preceptor que la naturaleza y que nosotros somos alumnos aventajados que juegan con ella.

“Catedral nueva de Salamanca”. Fachada principal, calle Cardenal Plá y Deniel. Pintura al estilo gótico.

No había día que, desde la dichosa tercera fila, tercer pupitre desde la izquierda, no observara a Ju en cada clase. Lejos de hablarle o tratar de conocerla, al finalizar la lección, mi cuerpo no era capaz de atreverse a articular palabra que le diera a entender que quería conocerla. Tan sólo era capaz de mantener una conversación lacónica de “sí, no, qué tal éstas, bien, mal”. Toda historia requiere de ese ansiado giro de guion que nos haga desesperarnos por la incertidumbre, por la ruptura de esquemas que teníamos en la mente o, incluso, por la consolidación de los mismos que, a priori, nos parecía inalcanzable. Quizás no haya nada que sorprenda más que cumplir una expectativa que antojábamos irrealizable.

Y allí, a los pies de la diócesis salmantina, el giro de guion se materializó. En la facultad de bellas artes nos instaron a realizar un viaje a Salamanca con el fin de perfeccionar nuestro conocimiento adquirido. Cada uno de los alumnos se postraba ante la catedral de Salamanca e intentaba dar forma

a su estructura al estilo que más le placiera. Los profesores aprovechaban para instruirnos sobre la historia de la ciudad universitaria con más antigüedad de España. En una de las interminables peroratas de la profesora de historia del arte, la cual coordinaba la excursión, me fijé en una chica que apoyaba su rodilla izquierda en el suelo y se disponía a realizar una serie de fotografías buscando el ángulo perfecto para enmarcar aquel eclesiástico edificio. Se trataba de Ju. Aprovechando que estaba alejada de la muchedumbre, me dispuse a acercarme a ella para hablarle.

-¿Habías estado alguna vez en Salamanca?

-No, desde que llegué de China sólo he estado en Madrid. Me cuesta viajar.- Ju apartó la mirada del visor de la cámara y me dedicó una sonrisa inocente.

-Te puedo enseñar la ciudad si quieres. Mi padre me trajo una vez para ver la Universidad e intentar convencerme de que debía estudiar.- Mentí, descabelladamente. Pero si no lo hacía, no podía estar a solas con ella. Era inevitable. ¿O acaso no mintió Anna Karenina para poder estar con su amante? (Con perdón para Ju, pues ya sabéis sobre su aversión hacia lo ruso), incluso hasta el Lazarillo de Tormes, lo cual ahora resulta irónico, mentía para obtener lo que quisiera.

Nunca había estado en Salamanca pero jamás importó. Simplemente estuvimos deambulando por la ciudad, repasando su empedrado con nuestros ya cansados pies. Hablamos de nuestras ambiciones artísticas, de como ella quería llegar a dominar la fotografía e incluso la poesía, la prosa o el teatro. De como yo no tenía una ambición clara. Sólo quería pintar y volver a ver el rostro de mi tío en la cara de la persona que viera mis obras. El mismo rostro que me obligó a observar las obras de Vermeer durante tanto tiempo. El mismo rostro que moldeó mi comportamiento para amansarlo.

-¿Por qué elegiste España?- Le pregunté mientras nos tomábamos un café cerca del río Tormes. Es curioso el cierto magnetismo que teníamos por los ríos.

-Mi abuelo siempre estuvo enamorado de España.- Ju agachó la mirada. Dedicó unos segundos a mirar cómo sus pies se entrelazaban y volvió a levantar el semblante.- Él vivió en Valencia durante muchos años. Era pintor, por lo menos como afición tengo entendido. Le emocionaban los cuadros de Sorolla.- Ju se mudó a España un poco antes de entrar en la carrera. Su español era bastante bueno pero siempre daba la impresión de que quería expresar mucho más de lo que podía. Era uno de los atractivos suyos. Siempre quise ayudarla a expresar todo lo que había en

ella, incluso sus temores.

Continuamos andando por las cercanías del río Tormes, adentrándonos en el casco antiguo de la ciudad. Hablamos de las obras de Sorolla, de lo bien que producía sus efectos de iluminación y de lo familiar que resultaban sus cuadros. Le prometí que iríamos al museo una vez estuviéramos de vuelta en Madrid. Nos detuvimos ante el acceso de un jardín. Su entrada tenía forma de arco enladrillado y en su fachada, también levantada por ladrillos, se podía leer la siguiente inscripción: "Huerto de Calisto y Melibea".

Ju empezó a reírse a carcajadas porque los nombres le parecían ridículos. Jamás había oído a escuchar nada acerca de La Celestina ni acerca de la historia de amor entre los dos. Empecé a contarle la historia mientras nos introducimos en el interior del huerto y no sentamos en un banco de madera con vistas al río. Ju se estuvo riendo a lo largo de toda la historia, la cual le pareció algo ridículo pero hilarante.

-¿Tú serías capaz de hacer un pacto con una puta para enamorarme?- Lo dijo así: puta.

-No hay persona capaz que logre pactar con el diablo.- Intenté desviar un poco la respuesta. Mis nervios me traicionaron y empecé a sentir un ardor en el estómago y a sudar.

-¿Lo haría...- En ese momento la besé. Preferí sellar sus labios por vergüenza a responder a su pregunta. Aunque recordándolo ahora, fue romántico.

"Obra basada en el cuadro La Ternura de Oswaldo Guayasamín". Retrato de Ju abrazando a un jarrón chino.

Siempre se ha considerado a Guayasamín como un pintor que buscaba el cambio social mediante la expresión de sus obras. En el cuadro de La Ternura, no sólo quería buscar el cambio sino recalcar la importancia de la madre o de esa relación con los parientes cercanos, o al menos eso se dice. Ju era conocedora de ese autor y siempre le inspiró buscar una metamorfosis social. Siempre quiso interesarse por cómo cambiar un mundo sumido en la guerra y la violencia. Quiso transmitirlo a través de sus fotografías.

Ju, como cualquier inmigrante de a pie, ha sufrido violencia. Violencia incomprensible por el hecho de tener cualidades físicas distintas. Una violencia que siempre le intrigó y que lejos de producirle ira y rechazo (que también) siempre le indujo a intentar comprender al agresor. A intentar entender el origen de la xenofobia. Recuerdo un día, a la salida

de los cines de Callao, bajando hacia la puerta del sol, que una mujer profirió muestras de desprecio hacia Ju y sus ojos y haciendo alusión de que "las chinas" vienen aquí porque los europeos les excitan más. Creo que era una prostituta que se confundió y vio en Ju competencia. En ese momento intenté girarme para pedirle explicaciones por los comentarios pero Ju me detuvo.

-Si te vas a enfrentar a ella detente. No sabes su historia. Posiblemente no ha recibido la misma educación que tú. No ha sentido el calor de una familia ni el amor de sus padres. Probablemente sea pobre y no pueda viajar. Viajar abre la mente, ayuda a entender otras culturas. A respetar.- En ese instante yo me encontraba desconcertado. Había sido aleccionado sin ni siquiera haber cometido nada malo. O eso creía.

-Pero es posible que sí haya tenido la misma y educación y sí haya viajado.

-En ese caso es mejor irse también, no hay nada que hacer con ese tipo de personas. Pero lo dudo.- Al llegar a casa yo sentí rabia e impotencia. Ju lloró en el baño. Una vez en la cama, rabia y lamento se abrazaron. Hicimos el amor sin apagar la luz.

-Perdón por lo de antes.- Me dijo con voz almibarada.-Creo que el racismo es una enfermedad que no se puede exterminar por completo. Siempre existirá.

Por eso pinté esta obra. Para mi Ju siempre estará abrazada a su orgullo por su procedencia, pero jamás discriminó a las personas por su procedencia. Por eso el jarrón es azul y verde. Por eso ella fue lamento. Porque jamás llegó a comprender el origen de la violencia y se consumió por dentro.

"Crisantemo en el cementerio de Harbin. La luz bajo tierra: Ju". Pintura solemne.

Es el día que más la extrañé desde que no está. El día que me di cuenta que ya no estaría. Ju sufrió un accidente de coche. Al parecer, la otra persona implicada también falleció. Nunca se llegó a establecer de quién era la culpa, aunque sí que la otra persona iba bajo los efectos del alcohol. Cuando me lo dijeron me dieron ganas de gritar, pero sé que Ju me hubiera dicho que eso ya no tenía importancia, que yo ahora tenía una misión más importante.

El funeral se hizo en Harbin, como acordé con su familia el día que se produjo el incidente y se lo comuniqué por teléfono, no sin antes derramar mil lágrimas. Fue en su casa. Normalmente en China prefieren incinerar a las personas pero su padre me aseguró que él se crio en un ambiente más rural donde preferían siempre un entierro. Quemar a su hija siempre le

pareció una barbarie. Recuerdo que había muchas personas que jamás vi en el velatorio o que jamás escuche a Ju mencionarlas. Sentí un cierto rechazo a este tipo de actos, donde el último adiós era un acto de fachada, una parafernalia que impedía el respeto hacia los seres más queridos. Ahora no sé muy bien que sentir. En la entrada se hallaba un gong, en el lado derecho de la puerta. Todas las estatuas de la casa de los padres de Ju estaban cubiertas por un papel rojo. El cadáver fue maquillado, lavado y perfumado por su madre. El ritual me dio algo de náuseas. Ju me hubiera reconvenido. "Respetar mi costumbres. Yo hice lo mismo con las tuyas" creí escuchar su voz en mi cabeza.

Quise que en su tumba, cercana al río Songhua, siempre estuviera presente un ramo de crisantemos. El valor del crisantemo en China se traduce en sabiduría. En España en muchos lados se tiene como tradición que sean flores fúnebres y estén presentes en el cementerio. Mezclar ambas cosas me parecía lo justo para Ju. La persona más sabia que conocí. Ahora su luz yace bajo tierra.

"El legado de Ju: Jun Lin". Luminismo.

La misión de la que me habló Ju es la de cuidar de su legado. Antes de que ocurriera el accidente, Ju y yo dimos a luz a una preciosa niña de nombre Jun (que significa la verdad) Lin (Jade). Ju y yo decidimos que debíamos educarla en la verdad o por lo menos intentarlo. Esto no significa que todo lo que tratásemos de enseñarle fuera verdad, sino que por lo menos intentáramos no mentirle nunca. Además, Ju tenía la esperanza de que nuestra hija trajera un poco de verdad o de luz a este mundo. También decía que su interior era de Jade, por eso sería una persona de valor estético por fuera e incalculable por dentro, que quien la destapara, tal y como es, obtendría la mayor de las riquezas. Su gloria y su pena.

En el cuadro Jun Lin posa inocente, mientras mira al horizonte y juega con su pala y su cubo. Quise inspirarme en Sorolla porque fue el motivo que hizo posible que yo la conociera y que Jun Lin existiera. A Jun Lin le encantaba bañarse en la playa de El Cabanyal, donde el pintor se desahogaba. Quise desahogarme y retratar a mi hija, el vínculo con el cielo.

Ahora ella tiene ocho años y cada vez que pregunta por mamá le señalo el jarrón chino que hay en la mesa del salón. El jarrón contiene un conjunto de crisantemos de color blanco y rosado.

-Jun, ella sigue estando presente en nosotros. Dejó una serie de poemas y fotografía tuyas que siempre estarán junto a ti y te pertenecen. Cuando seas algo más mayor te lo explicaré de nuevo. De momento, tendrás que ayudarme a cuidar de esas flores tan bonitas. Son muy delicadas. Recuerda que siempre han de estar expuestas a la luz, como aquélla que

desprendía tu querida madre. Evita exponerlas a corrientes de aire o no podrán abrirse y mostrar su verdadera belleza. ¿Lo entiendes?

-Sí, papá.- Tras la breve respuesta se puso a jugar con su yoyó chino.

Ju, espero que tu creencia te permita migrar hacia otro recipiente, hacia otro cuerpo. Espero que tu karma sea lo suficientemente satisfactorio como para obtener una vida mejor, porque de verdad que lo merecías. Es curioso, el médico me dijo que al morir, tus vasos sanguíneos se hallaban dilatados aún y que el rigor mortis se produjo de una forma más tardía en comparación con el resto de personas. Escribo estas letras con la vacua esperanza de que lo vayas a leer. De que vuelvas a sentir lo que una vez sentiste por todo el que se cruzó en tu camino.

Con amor: quien penetró por tus escamas blancas.